

I. Jesús recorre lo pueblos de Palestina abriendo la mesa del Reino para todos (Is 25, 6-9). Su atención está fija especialmente en los que no tienen ninguna mesa a la que unirse: leprosos, pecadores; y también en los que tienen un puesto de segunda en ellas: mujeres, pueblo llano, extranjeros... (Lc 4, 18-19). No puede retener la mirada que, movida por Dios, se siente atraída por los hombres y mujeres que necesitan ser acogidos, alentados, fortalecidos, amados. Se para a cada momento a alimentarlos con su misma vida. Esto queda sintetizado en el gesto de la multiplicación de los panes y los peces (Mt 14, 13-21). Junto a Jesús, en la mesa donde él se arrodilla a lavar los pies cansados y miedosos de sus discípulos, a servir a los que nadie quiere invitar (Lc 19, 1-10) ni tienen posibilidades de darse una mesa digna (Lc 15, 1-2), a dejarse amar por aquellos que han perdido la confianza de todos (Lc 7, 36-50), Jesús se reparte como pan de vida para que nuestra carne reciba su Espíritu (Jn 6, 51), ella que es demasiado pobre para darnos plenitud (Jn 6, 58.63).

Es la eucaristía donde se renueva este don y se perpetúa como mesa abierta para los hombres de todos los tiempos. Y lo mismo que los discípulos fueron llamados a dar de comer a aquellos que les rodeaban (Mt 14, 16), hoy algunos son elegidos para que percibamos en los gestos de la eucaristía que Jesús sigue mirándonos, deteniéndose, alentándonos y alimentándonos con la fuerza de su presencia de vida.

II. Aquí, en la eucaristía, se rompe toda frontera. Nadie tiene un puesto más importante que otro, pues todos somos elegidos por Cristo para participar en ella como hermanos en un mismo cuerpo (Mt 23, 8-11). Así, la debilidad que nos habita cuando nos sentimos solos y despreciados frente a los grandes y fuertes, se fortalece con la presencia de los hermanos si nos acogemos mutuamente como Cristo hace con nosotros (Rom 15, 7) y nos enseña a hacer. De otra forma, el alimento de vida se convierte en juicio de muerte (1Cor 11, 27-29). No hay cargos prioritarios, todos perdemos nuestras dignidades humanas para vestirnos de la dignidad de los hijos de Dios que se saludan con el beso de la paz (2Co 13, 11-13). Las fronteras, de esta manera, van siendo vencidas (Filp 2, 1-5).

III. Además, toda pena que amarga nuestro corazón es mezclada con el cáliz ofrecido. En él aparece la sangre del dolor humano. La amargura de toda frustración, disgusto, enfermedad, violencia sufrida, pecado cometido... se une al vino nuevo del Reino que mezclado ahora con la sangre resucitada de Cristo alimenta la esperanza de la victoria final.

Jesús mismo afronta su sufrimiento bebiendo esta copa que espera recoger en el Reino futuro en un brindis de vida (Lc 22, 14-18). En la eucaristía nos unimos a Cristo muerto y resucitado para que uniendo nuestros dolores a él, nos haga participar de la esperanza de su victoria (1Cor 11, 26).

IV. Y, mientras tanto, el dolor y la debilidad se alzan como una sola voz a Dios Padre. Toda la asamblea reunida recoge los sufrimientos del mundo y los suyos propios, y los eleva en súplica confiada: *Señor, ten piedad; Te rogamos, óyenos; Cordero de Dios, danos la paz.* Queda constituido un pueblo donde todos están pendientes de todos y nadie queda abandonado con su súplica aislada como le pasaba a Bartimeo (Mc 10, 47-48). Ahora todos oran en común para sentir no sólo la fuerza de Dios, sino también la de los hermanos que Él nos da (Mt 18, 15-17).

V. Si el Espíritu de esta reunión a la que nos invita Jesús va arraigando en el corazón, él mismo nos irá transformando en pan de vida para todos. El mandamiento de atender a los pobres y a los débiles se transformará en un sentimiento espontáneo de quien no puede resistir ver a sus hermanos vencidos por la pobreza o la debilidad. El envío final con la paz de Cristo es envío a ofrecer la paz recibida. *Comprendéis lo que he hecho con vosotros -dice Cristo después de lavarles los pies a los discípulos- os he dado ejemplo para que hagáis lo que yo he hecho con vosotros* (Jn 13, 12-15). La colecta eucarística, sobre todo cuando está destinada a los pobres, no es por tanto un gesto más, sino el medidor que dice si hemos comprendido o si todavía somos los niños bien que no quieren perder sus privilegios cuando llega un hermano que necesita atención también de su parte. Si esto es así, habremos de oír las duras palabras de Cristo (Mt 25, 31-46; Lc 16, 19-31) o de Pablo (1Cor 11, 17-33).

VI. En medio de una sociedad donde lo que prima es buscarse la vida al margen de los demás, enriquecerse para disfrutar de los lujos que ofrece, desterrar las imágenes o las voces que pueden provocarnos compasión o vulgarizarlas con risas o con un sobrexceso que nos inmuniza contra ellas... la eucaristía nos ofrece un pobre y débil trozo de pan donde Cristo mismo clava una cuña de esperanza para abrir la tierra y sembrar vida para todos. A nosotros nos toca alimentar nuestra debilidad en ella y, luego, hechos fuertes en nuestra pobreza, alimentar a los que no pueden sostenerse por sí solos. Entonces la gloria de Dios se manifestará en el Cuerpo de Cristo para el mundo. Amén.

Reflexión - Meditación - Oración

Después de leer la ficha detente a meditar con las siguientes pautas:

* Reflexiona sobre tu eucaristía dominical. ¿Cómo te sientes en ella? ¿Reconoces a los demás como aliento de Dios para ti? ¿Te reconoces a ti como aliento de Dios para ellos? ¿Participas en ella con la alegría y el agradecimiento de quien siente que allí recibe el don de una vida renovada? ¿Percibes cómo te alimenta la vida cotidiana?

→ Da gracias por haber sido llamado a esta mesa, por haber recibido hermanos y compañeros de camino (piensa en gente concreta), por poder apoyarte en la presencia de Cristo que ha querido que le sientas a tu lado.

* Reflexiona sobre cómo se viven en tu parroquia las distintas dimensiones de la eucaristía de las que habla el tema. ¿Qué percibes más desarrollado? ¿Qué echas en falta?

→ Pide por tus párrocos y por los animadores litúrgicos, para que todos perciban mejor el misterio que celebran.

→ Pide también por los fieles para que participen activamente con su oración, con su vida abierta en simpatía y preocupación, con su dinero... y así la comunidad de Jesús sea cada vez más lo que él quiso.

* Medita sobre este fragmento de la Plegaria eucarística V, y piensa sobre su significado, su realidad actual en las parroquias, sobre las formas en las que se hace realidad y en las que podría hacerse más realidad aún. Y piensa en cómo te afecta a ti personalmente.

Señor, Padre de misericordia, derrama sobre nosotros el espíritu del Amor, el Espíritu de tu Hijo.

Fortalécenos a cuantos vamos a recibir el cuerpo y la sangre de tu Hijo y haz que unidos al Papa y a nuestro obispo seamos uno en la fe y en el amor.

Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana, inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo y desamparado, ayúdanos a mostrarnos disponibles ante quien se siente explotado y deprimido. Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando.

* Ora con este fragmento de un himno eucarístico de Vísperas:

Quédate con nosotros, la tarde está cayendo ¿cómo sabremos que eres un hombre entre los hombres si no compartes nuestra mesa humilde? Repárenos tu cuerpo y el gozo irá alejando la oscuridad que pesa sobre el hombre.

6. La eucaristía, pan y vino para la debilidad.

Señor Jesucristo,
Tú que has abierto tu mesa al mundo;
Tú que invitaste a los desterrados
del banquete de los sabios, ricos y poderosos;
Tú que hiciste hueco para el que llegó al final
sin atreverse a llamar a tus puertas;
Tú que saliste a los caminos
a invitar a gritos a los que nunca pensaron llegar tan arriba
y a recoger con caricias a los que habían llegado tan abajo.

Haznos aceptar nuestro puesto en tu mesa
con humildad, pues no somos los anfitriones,
sin juicios, porque también con nosotros tuviste compasión,
con alegría por ver sentados y brindando
a los que nunca sonrieron.

Y líbranos de la vergüenza
de haber rechazado tantas veces
a los que tú quisiste a nuestro lado,
a los que no eran 'de los nuestros',
a los que no merecían nuestro saludo,
a los que complicaban nuestra vida.
Te pedimos perdón.

Ahora hemos visto tu corazón
donde habitamos todos
también nosotros, aunque seamos el hermano mayor
al que tanto cuesta al Padre convencer
para que se vista de fiesta
y entre en la comida sin los prejuicios que pudren el corazón.

Danos, Señor, la alegría de la fraternidad.